

# Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:  
Sombra y asombro de los vampiros

Autor/es:  
Torres, Sara

Citar como:  
Torres, S. (1991). Sombra y asombro de los vampiros. Nosferatu. Revista de cine. (6):50-55.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/43308>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



**donostiakultura.com**

**Sombra y asombro  
de los vampiros**

**Sara TORRES**





William Polidori, quien concibió el primer cuento de vampiros la misma noche en que Mary Shelley imaginó su Frankenstein.



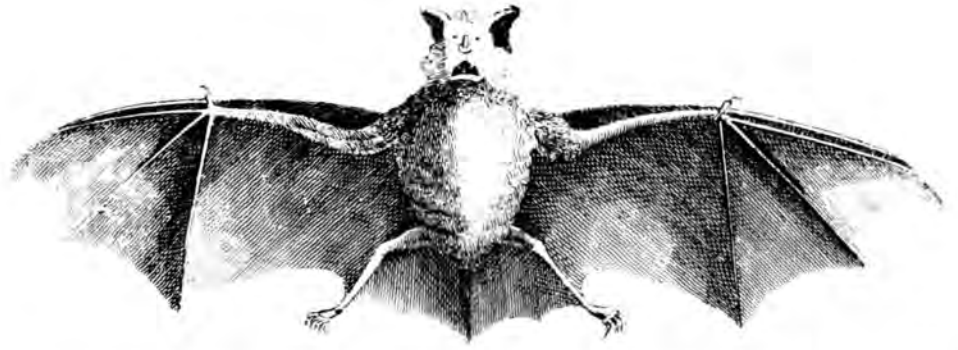
La diosa Kali, divinidad que simboliza al vampiro en la India. Se la representa con la lengua fuera de la boca porque se dice que, al no poder encontrar víctimas, se cortó la garganta para alimentarse de su propia sangre.

Por lo común suele creerse que el vampiro es una especialidad centroeuropea, como el *gulash*, pero la realidad es muy diferente. Todas las culturas han conocido seres equivalentes al vampiro, es decir, criaturas nocturnas que chupan la sangre de los humanos, sobre todo de niños y mujeres; aún más, incluso antes de las culturas escritas conocidas, en los pueblos prehistóricos también existieron leyendas sobre este tipo de seres sobrecogedores. Uno de los máximos estudiosos de temas sobrenaturales, Montague Summers, asegura que el vampiro más antiguo del que tenemos noticias se encuentra pintado en un vaso prehistórico “donde aparece un hombre copulando con un vampiro al que se ha cortado la cabeza”. Los asirios y babilonios, padres directos de nuestras culturas mediterráneas, creían en un ser maligno que venía a atormentar a los mortales y a chuparles la sangre. Fueron ellos quienes inventaron el mito de Lilith, la mujer fantasmal y perversa que destroza a los niños; los hebreos heredaron de ellos este mito y en el Génesis se habla de Lilith como de la anti-Eva, el negativo diabólico de la Madre primordial.

Por su parte, los griegos creían en las *estrigias*, espectros rapaces de largas garras que atacaban a las criaturas, y las *lamias*, cuya especialidad era liquidar a los jóvenes de buen ver a los que previamente habían seducido. Las leyendas indias hacen mención de un espíritu maligno, el *Baital* o *Vetala*, capaz de volver a la vida a un cadáver y de hacerle cometer las peores atrocidades. También en las “*Mil y una noches*” aparecen merodeadores de las tinieblas que se alimentan con la carne de sus víctimas pero no desdeñan de vez en cuando darle unos cuantos sorbos a su sangre; y las historias chinas tradicionales están llenas de fantasmas semejantes, con hábitos no menos peligrosos para los mortales: cierto demonio llamado Ch’ingh Shinh tenía características parecidas al *Vetala* de los indios y otros muertos vivientes del Celeste Imperio rondaban por la noche hasta que un valiente les decapitaba de una buena vez por todas... En fin, no es cosa de seguir por los mitos polinesios o esquimales, porque tampoco estamos realizando un tratado de folklore vampiroológico. Baste lo dicho para constatar que se trata de una de las creencias más vastamente extendidas por toda la humanidad y desde tiempos remotísimos: el afán de mantenerse flotando entre la muerte y la vida a base de chupar la sangre (esencia vivificadora por excelencia) de los incautos es uno de los tópicos mejor instalados en nuestro inconsciente colectivo, mito que halaga por igual nuestras apetencias y nuestros temores. Para que luego le digan a Chomsky que los universales no existen...

Sin embargo, las palabras clásicas que sirven para denominar en Europa a estas criaturas de las sombras son sin lugar a dudas de origen húngaro o rumano. El mismo hombre “*vampiro*”, por ejemplo, viene probablemente del término magiar “*oupyr*”, que existe con pequeñas variaciones en todas las lenguas eslavas. Y la denominación “*nosferatu*”, de tan nobles resonancias cinematográficas, proviene del término húngaro que designa a los no-muertos, a los que vuelven de la tumba. Un muy erudito y bastante crédulo monje que compuso obras enciclopédicas (¡pero no enciclopedistas!) en pleno siglo XVIII, Don Calmet, habló de la existencia indudable de vampiros humanos y de los modos más eficaces de librarse de ellos. El buen hombre se ganó de este modo las burlas de Voltaire, al que resultaba imposible creer que aún se creyera en vampiros en el luminoso siglo de Locke y de Hume... Sin embargo, no faltan testimonios posteriores, que cada cual puede aceptar o rechazar a voluntad: cuentan que en 1844 se desenterró en tierras próximas a los Cárpatos a un tal Morovitch, cuyo cadáver sólo estaba descompuesto a medias pero al que los caninos le habían crecido de un modo poco tranquilizador. Tras diversas oraciones y ensalmos, las autoridades religiosas le atravesaron el corazón con una estaca puntiaguda: el difunto Morovitch respondió a este enérgico tratamiento con aullidos y contorsiones, por lo que todos los circunstantes quedaron seguros de que era un “*nosferatu*”.

Parecidos, que no iguales: el murciélago (derecha) y el vampiro (abajo).



Para dar gusto al ilustrado Voltaire y otros impíos como él, cabe preguntarse cuáles pueden ser los fundamentos científicos objetivos del mito vampírico. En tierras muy frías o con determinadas propiedades minerales, los cadáveres pueden conservarse sin putrefacción durante años, aunque desde luego ello no justifica que salgan de sus tumbas para visitar a parientes y forasteros: sin embargo, alguien que les haya visto tan enteritos puede haberles supuesto tal capacidad. Por otra parte, en Sudamérica existen ciertos murciélagos que chupan la sangre de animales y también de personas dormidas (hay dos tipos, el *Desmodus Rufus* y la *Diphylla Ecaudata*); aunque no se dan ni en Hungría ni en Rumanía, es posible que los viajeros hayan traído tradiciones míticas locales. Pero la explicación científica del vampirismo más curiosa y también la más completa es la brindada por el doctor David H. Dolphin, bioquímico canadiense que trabaja en la Universidad de British Columbia. Según este investigador, las personas que dieron lugar a las leyendas de vampiros podían estar aquejadas de una enfermedad genética del ramo de las porfirias: los pacientes sufren decoloración de la piel y pierden hemoglobina, toleran mal la luz del sol, necesitan transfusiones, caen en languideces catalepticas, etc.; en una palabra, tienen una serie de síntomas que pueden dar lugar al nacimiento de rumores vampíricos. Incluso puede explicarse, según el doctor Dolphin, la repulsión al ajo de los no-muertos, pues este producto botánico tiene dialkildisulfido, elemento que agrava las perturbaciones producidas por las porfirias. En fin, la verdad es que resulta un poco decepcionante suponer que Drácula y otros príncipes de las tinieblas no fuesen sino algo así como hemofílicos agresivos, pero ahí queda la explicación de Dolphin por si a alguien le ayuda a dormir con mayor tranquilidad...

Pero quizá no debemos buscar las raíces de las leyendas vampíricas en las ciencias naturales, sino en la historia. Convertir a ciertas figuras públicas muy odiadas o temidas en transuntos del Mal con mayúscula es algo muy corriente (¿no estamos viendo ahora cómo Sadam Hussein o Bush se convierten en "satanes" para sus respectivos adversarios?). Ciertos hombres y mujeres poderosos han efectuado cosas tan crueles que bien ha podido pensarse que no eran estrictamente humanos... lo cual no deja de ser optimista, porque bien demostrado está que los humanos somos capaces de todo. Lo cierto es que cuando alguien es particularmente cruel suele decirse que está sediento de sangre... La figura histórica más directamente conectada con el mito del vampiro es sin duda la de un

príncipe rumano de la Valaquia llamado Vlad Dracula, que vivió en el siglo XV. Vlad pertenecía a una ilustre familia que se había distinguido en numerosas ocasiones en los enfrentamientos contra húngaros y

turcos: él mismo era una especie de Cid Campeador de aquellas tierras. El apellido

"Dracula" proviene de la palabra latina

y rumana "draco", que significa "dra-

gón". Los Dracula son hijos o descendientes del dragón, lo cual puede signifi-

car algo así como una distinción bélica (la

Orden del Dragón o cosa parecida) pero

también algo más ominoso, porque ese

"dragón" del que se habla es según ciertos

intérpretes el mismísimo diablo, con lo que los

Dracula serían hijos o descendientes del demonio.

Sea como fuere, Vlad fue un auténtico demonio

para sus enemigos, a los que no sólo venció sino

que empaló con tal profusión (se habla de una cifra

entre los 23.000 y los 100.000 empalamientos) que

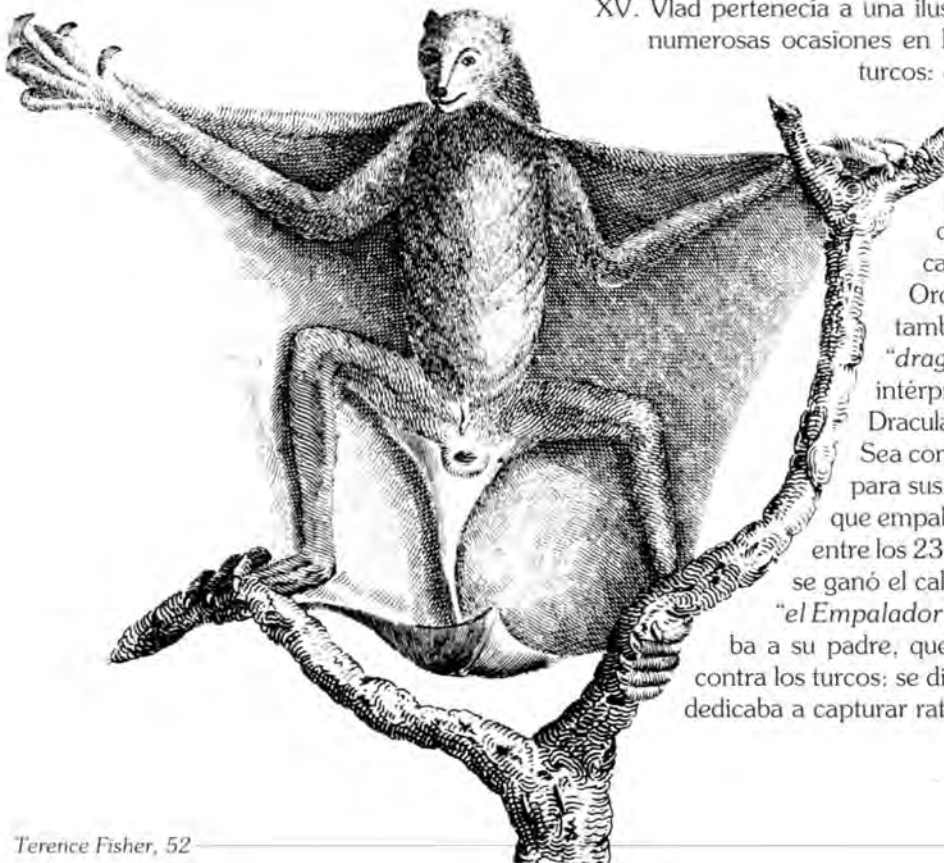
se ganó el calificativo de "Tepes", o sea -en rumano-

"el Empalador". Ya desde adolescente Vlad acompañaba

a su padre, que también era de cuidado, en correrías

contra los turcos: se dice que cayó una vez prisionero y que se

dedicaba a capturar ratas y ratones en la celda para hacer con





ellos cosas que es mejor no contar. Se dice también que su cuerpo fue enterrado en un sitio y su cabeza en otro, pero lo cierto es que cuando años después se abrió su tumba estaba totalmente vacía, lo que dio bastante que pensar a algunos... Se conservan pocas figuras de él, pero según un grabado en madera en el cual aparece su efigie más fiable, tenía un sorprendente parecido con nuestro amigo Christopher Lee. Desde luego, aunque Vlad Dracula no debía ser un tipo muy amable, en ninguna parte hay constancia de que se dedicara a beber sangre humana ni cosa parecida: de hecho, su recuerdo es más bien el de un héroe nacional y no el de un monstruo, aunque no sería la primera ocasión en que uno y otro rango hubiesen coincidido.

Otra figura histórica muy relacionada con el origen de la literatura de vampiros es sin duda la condesa Elisabeth Bathory, que nació a mediados del siglo XVI en una familia de la aristocracia húngara célebre por sus prácticas frecuentes de lesbianismo y brujería. Elisabeth, que ya había tenido un hijo ilegítimo de un muchacho campesino a los catorce años, se casó con un noble de la familia Nadasy, viviendo desde entonces en un castillo llamado impronunciablemente Csejthe. Mientras su esposo se dedicaba a guerrear con entusiasmo, Elisabeth se fue creando una temible reputación de crueldad. No era raro que cortase la nariz y las orejas de alguna de sus doncellas si ésta se equivocaba al traerle el traje para una fiesta y cosas por el estilo. También se la relacionó con diversos personajes mal afamados del lugar y fue visitada en ocasiones por un desconocido vestido de negro, muy pálido y con dientes anormalmente puntiagudos... Cuando fue perdiendo la lozanía de su cutis y comenzaron a aparecer las primeras arrugas, la condesa Bathory, que había sido extremadamente bella, sintió la desazón que millones de mujeres de todas las épocas han conocido en circunstancias semejantes. Pero lo que resultó menos corriente fue el remedio que Elisabeth buscó para su decadencia: en lugar de recurrir a cremas y potingues, empezó a tomar baños de sangre de doncellas recién sacrificadas, tratamiento que consideraba excelente para la piel.

Después de años de tales prácticas criminales, el escándalo se hizo demasiado grande y la condesa fue juzgada por las autoridades del país, siendo condenada a morir empalada viva en una celda de su castillo de como se llame. Parece que Bram Stoker, el autor de la novela "Dracula", conoció tanto el mito de Vlad como el de la Bathory y los mezcló a su gusto literario junto a otras leyendas que le parecieron oportunas... Pero de ello hablaremos un poco más adelante.



¿Transmigración de las almas? El parecido de Christopher Lee con el conde Vlad, "El Empalador", resulta, cuando menos, sospechoso... (In **Search of Dracula**: Calvin Floyd, 1972).



Diversas visiones de la Condesa Bathory: retrato de la verdadera "Condesa Sangrienta" e Ingrid Pitt antes y después de su especial "tratamiento de belleza", en la película **Condesa Drácula** (Peter Sasdy, 1970).



## Vampiros en poesía y prosa

La figura vampírica aparece en literatura a comienzos del siglo XIX, de la mano de alguien tan ilustre como Goethe, que trata el tema en *"La novia de Corinto"*, aunque poco antes ya había sido insinuado por Burger en su *"Eleonora"*. La creación de Goethe entusiasmó a los románticos alemanes e ingleses, pero fue un autor mucho más oscuro el que escribió el primer cuento de vampiros del estilo "capa negra y colmillos" que luego se ha hecho famoso. William Polidori, médico y secretario personal del poeta Byron, escribió *"El vampiro"* en aquella misma noche célebre a orillas de un lago suizo en la que, por una apuesta, la casi adolescente Mary Shelley inventó a Frankenstein y su Criatura; los otros dos contendientes en el certamen, Shelley y Byron, no aportaron ningún nuevo mito al terror, aunque algunos aseguran que la idea del vampiro se debe al autor de *"Child Harold"*, retomada y desarrollada después por su secretario. Lo cierto es que Lord Ruthven, el personaje creado por Polidori, es el padre de Drácula y de los demás vampiros clásicos de la literatura fantástica contemporánea. La historia fue publicada en abril de 1819 en el *New Monthly Magazine*, pero no trajo suerte a su autor, que murió dos años más tarde en la pobreza y el anonimato más totales. Sin embargo, su obra siguió abriéndose paso, tuvo numerosos imitadores y hasta fue llevada años después por Alejandro Dumas, hijo, a la escena teatral.

En 1847 se publica una novela anónima titulada *"Varney el Vampiro o el Festín Sangriento"*, que muchos atribuyen al prolífico autor popular Thomas Preskett Prest. El libro tiene más de ochocientas páginas, por lo que ostenta el record Guinness de la historia de vampiros más larga jamás contada, y su trama, aunque inverosímil y llena de puerilidades, tiene cierta gracia y diversión y aún puede ser leída sin demasiado aburrimiento, casi con diversión. El estudioso Leonard Wolf, en *"Un sueño de Drácula"* comenta: *"Quizá sólo el escrito de un viejo verde podría superar el entusiasmo que siente Prest por las doncellas que fijan sus ojos en el rostro de Varney... Trueno de oropel; rayo de celofán. Muerte, sangre, cuchilladas, pistoletazos, puñaladas, sótanos, resurrecciones a la luz de la luna. En efecto, Varney resucita con tanta frecuencia que la idea de muerte adquiere un aspecto ridículo"*. ¿No podría decirse lo mismo del mito cinematográfico del conde sanguinario? Desde un punto de vista estrictamente literario, el cuento de Joseph Sheridan Le Fanu *"Carmilla"* es mucho más exquisito y contundente. Le Fanu, escritor irlandés de origen hugonote francés, es sin duda uno de los mejores autores de relatos de fantasmas de todos los tiempos. Su *"Carmilla"*, publicada en 1872, es una historia turbadora y llena de sugerencias eróticas: la protagonista, una joven de origen desconocido recogida por un viejo militar inglés, resulta ser una reaparición de la condesa Mircalla Karstein, muerta años antes, y se apodera del alma y del cuerpo de la hija de su generoso huésped. Llena de insinuaciones homosexuales muy audaces para la época victoriana en que fue escrita, *"Carmilla"* ha sido llevada libremente varias veces al cine, destacando en estas adaptaciones la sublime *Vampyr* de Dreyer (para algunos la mejor película de vampiros jamás realizada) y la discreta *Et mourir de plaisir*, del inefable Roger Vadim.



Arriba, portada de la primera edición de *"Varney the Vampire"*, de Thomas Preskett Prest, publicada en 1847. A la izquierda, dibujo ilustrativo de las correrías de dicho personaje.



## Desembarco en Whitby

Pero los precedentes no son más que eso: nuncios o emisarios que preparan la llegada del verdadero Rey. Pese a precedentes tan ilustres como Poe o tan laboriosos como Gaboriau, el Gran Detective sólo nace con Arthur Conan Doyle; de igual modo, la verdadera leyenda literaria del vampiro, de la que hoy se alimenta nuestra imaginación, comienza con la novela "Dracula", de Bram Stoker. Hay que reconocer que el padre del Vampiro-Rey es un literato mucho menos ilustre que el padre del rey de los detectives. Abraham Stoker nació en Dublín, en 1847, y sólo ocasionalmente se dedicó a escribir: su auténtica profesión fue la de empresario y representante teatral. El más ilustre de sus clientes fue el gran actor shakespeariano sir Henry Irving, cuya figura llena toda una época de la escena británica, como en su tiempo lo hizo Garrick. Stoker fue su representante y su factótum durante muchos años, convirtiéndose en una figura muy conocida del ambiente teatral londinense. De vez en cuando, para aliviar las tensiones de su trabajo y dar salida a su vocación reprimida, escribía historias fantásticas, a las que nadie parecía tener en demasiada estima. Los mejores intencionados le tuvieron por un aficionado con cierto talento, pero nada más. En su magistral estudio "Horror and Supernatural in Literature", H. P. Lovecraft observa que los argumentos de Stoker suelen ser muy buenos (por ejemplo "La joya de las siete estrellas", un caso de momia que vuelve a la vida, y sobre todo "El gusano blanco", cuyos elementos retomarán más tarde el propio Lovecraft y Robert E. Howard) pero que los estropea con la incurable torpeza de su forma de escribir, pesada y confusa. Sin duda este juicio es cierto en lo tocante a la mayoría de las novelas de Stoker, aunque sus cuentos son mucho mejores y algunos de ellos (v. gr., "La casa del juez") auténticamente magistrales. Pero toda regla tiene su excepción y en el caso de la torpeza novelística de Stoker la excepción es "Dracula", como desde luego reconoce el propio Lovecraft.

Para empezar, puede afirmarse que "Dracula" es realmente una novela muy buena, incluso comparada con otros buenos productos fantásticos de ese final de siglo inglés que produjo tantas maravillas en ese campo. Escrita en forma de novela epistolar, un recurso muy típico de finales del siglo XVIII (recordemos, por ejemplo, "Las amistades peligrosas", de Choderlos de Laclos) pero que se mantuvo a lo largo de gran parte del XIX, tiene ritmo, fuerza, ambiente, intensidad, magia y también humanidad. Logra mantener la tensión amenazante a lo largo de muchas páginas, lo cual nunca ha sido fácil de lograr, como demuestran tantos gruesos fracasos de este género que hoy llenan las estanterías de las bookshops. No está claro cómo le vino a Stoker la idea de componer su libro. Según testimonio de su hijo, todo empezó con una pesadilla del escritor en la que soñó con un rey vampiro que se levantaba de la tumba para cometer diversos crímenes. Pero otras fuentes señalan que tomó la semilla del argumento de una cena con Arminius Vambery, profesor de Lenguas Orientales en la universidad de Budapest, quien le contó numerosas historias sobre Vlad el Empalador y diversas leyendas de vampiros usuales en los Cárpatos. Lo más verosímil es que Stoker mezclase varias fuentes y diversas inspiraciones para crear su historia. De lo que no cabe dudar es de que el resultado fue excelente, a pesar del escaso interés que despertó en la crítica de la época. Las principales gacetas de ese tiempo (el *Athenæum*, el *Punch*, etc.) fueron severas o despectivas con la novela de Stoker. Su patrón, sir Henry Irving, ni siquiera acabó de leerla y la despidió resoplando: "Dreadful!". Ninguno de ellos se dio cuenta de que en el puerto de Whitby, según la descripción de Stoker, había desembarcado uno de los personajes más poderosos e invulnerables de la literatura popular contemporánea. Aún sigue entre nosotros y sin dar muestras de fatiga...

Junto al maléfico Conde vinieron Jonathan Harker y el implacable doctor Van Helsing, la dulce Lucy y todo el resto de personajes que, con un ropaje u otro, aún siguen apareciendo en las películas, los cómics, las nuevas novelas y todo el resto de infinitas secuelas de la historia original. También aparecieron con ellos los espejos que se niegan a reflejar la falsa vida del vampiro, los ajos y las cruces que sirven para protegerse de él, los ataúdes llenos de la tierra nativa en los que el no-muerto perdura, acechante, en su no-vida... Ahora cualquiera de nosotros, hasta el niño menos avisado, se sabe de memoria cuanto está escrito en el reglamento siniestro del vampirismo. Pero, ya digo,

todo comenzó para nosotros en un pequeño puerto inglés, a finales de los años ochenta del pasado siglo, cuando llegó un barco fantasma cargado de cadáveres y con un piloto muerto de espanto atado al timón, del cual saltó a la orilla un gran perro negro... ¿O quizá todo fue tan sólo una pesadilla de Bram Stoker, que ya nosotros hemos aprendido para siempre a soñar con él?



Arriba, Bram Stoker, el "Rey de los Vampiros". A la izquierda, el puerto de Whitby, primera etapa de la aventura inglesa del Conde Drácula.

